

**ANTOLOGÍA
DE LAS
MEJORES
NOVELAS
POLICÍACAS**

TOMO VII

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes, publicada entre los años 1958 y 1973 por la editorial ACERVO.

EL RESCATE DE JEFE ROJO

O. Henry

PARECÍA un buen asunto: pero, esperen a que se lo cuente. Estábamos en el Sur, en Alabama —Bill Driscoll y yo—, cuando se nos ocurrió la idea del rapto. Fue, como dijo Bill más tarde, «durante un momento de desvarío mental»; pero no lo descubrimos hasta más tarde.

Había allí un pueblo, tan llano como una fruta de sartén, y llamado Summit, desde luego. Sus habitantes eran campesinos en su inmensa mayoría, inofensivos y satisfechos de sí mismos.

Bill y yo habíamos reunido un capital de seiscientos dólares, aproximadamente, y necesitábamos dos mil dólares más para montar un garito en Illinois. Hablamos del asunto en la escalera que daba acceso al hotel. El amor paternal, dijimos, es muy fuerte en las comunidades semirurales; en consecuencia, y por otros motivos, un rapto tenía más posibilidades de salir bien allí que en otro lugar al alcance de periodistas y detectives. Sabíamos que Summit no podía mandar detrás nuestro más que un par de alguaciles y que la publicidad que se daría al caso quedaría reducida a las páginas *Weekly Farmer's Budget*. De modo que parecía un buen asunto.

Escogimos como víctima al hijo único de un distinguido ciudadano llamado Ebenezer Dorset. El padre era un respetable hombre de negocios, los cuales consistían principalmente en plantear —y ganar— juicios hipotecarios. El hijo

era un chiquillo de diez años, con el rostro pecoso y el pelo del color de las cubiertas de las revistas que uno compra en el quiosco de la estación cuando va a tomar el tren. Bill y yo nos imaginamos que el padre no vacilaría en pagar un rescate de dos mil dólares por su hijo. Pero, esperen a que se lo cuente.

A unas dos millas de Summit había una pequeña montaña, cubierta por un espeso bosque de cedros. En la parte trasera de aquella montaña había una cueva. Allí almacenamos provisiones.

Una tarde, después de la puesta del sol, pasamos por delante de la casa del viejo Dorset montados en una calesa. El chiquillo estaba en la calle, tirándole piedras a una gata por encima de la verja de la casa de enfrente.

—¡Eh, muchacho! —dijo Bill—. ¿Te gustaría dar un buen paseo y comerte una bolsa de caramelos?

El chiquillo le dio a Bill en el centro del ojo con un trozo de ladrillo.

—Esto le costará a tu padre un suplemento de quinientos dólares —dijo Bill, saltando por encima de la rueda.

El chiquillo luchó como un oso del peso welter; pero, finalmente, conseguimos introducirle en la calesa. Empezamos rápidamente la marcha. Le llevamos a la cueva, y yo fui a atar el caballo a un cedro. Cuando se hizo de noche, llevé la calesa al pueblo donde la habíamos alquilado, situado a unas tres millas de distancia, y regresé a pie a la montaña.

Bill se estaba cubriendo con esparadrapo los arañazos que tenía en la cara. Detrás de la alta roca situada a la entrada de la cueva ardía una fogata, y el chiquillo estaba acurrucado delante de un pote de café hirviente, con dos plumas de cola de zopilote en su rojo pelo. Cuando me acercaba a él, me apuntó con un palo y dijo:

—¡Ah! ¡Maldito rostro pálido! ¿Cómo te atreves a pisar el campamento de Jefe Rojo, el terror de las llanuras?

—Ahora está tranquilo —dijo Bill, remangándose los pantalones y examinando las magulladuras que tenía en las

espinillas—. Estábamos jugando a indios. Yo soy el Viejo Hank, el trampero, cautivo de Jefe Rojo, y voy a ser escalpelado en cuanto amanezca. ¡Por Gerónimo! Este niño pega fuerte.

Sí, señor, aquel chiquillo la estaba gozando en grande. La situación parecía divertirle mucho, haciéndole olvidar que era un cautivo. Inmediatamente me bautizó con el nombre de Ojo de Serpiente, el Espía, y anunció que cuando sus guerreros regresaran del sendero de la guerra me tostarían atado a una estaca a la salida del sol.

Luego cenamos; y el chiquillo se atiborró de jamón y de pan y empezó a hablar. Y no paró de hablar durante toda la cena.

—Esto me gusta mucho. Nunca había acampado al aire libre; pero una vez domesticué una zarigüeya, y el año pasado cumplí nueve años. No me gusta ir a la escuela. Las ratas se comieron dieciséis huevos que habían puesto las gallinas de la tía de Jimmy Talbot. ¿Hay indios de verdad en este bosque? Quiero más jamón. ¿Hace mover el viento a los árboles? En casa tenemos cinco perritos. ¿Cómo es que tienes la nariz tan colorada, Hank? Mi padre tiene mucho dinero. ¿Están calientes las estrellas? El sábado zurré a Ed Walker, dos veces. Las muchachas tío me gustan. Si no es con una cuerda no puede cogerse un sapo. ¿Por qué son redondas las naranjas? ¿Hay camas para dormir en esa cueva? Amos Murray tiene seis dedos en cada pie. Un loro puede hablar, pero un mono no habla, ni tampoco un pez.

Cada cinco minutos recordaba que era un piel roja, cogía su rifle de palo y se acercaba a la boca de la cueva para liquidar a los espías del odiado rostro pálido. De cuando en cuando lanzaba un grito de guerra que provocaba un estremecimiento en el Viejo Hank, el trampero. El chiquillo tenía aterrorizado a Bill desde el primer momento.

—Jefe Rojo —le dije al chiquillo—, ¿te gustaría ir a casa?

—¡Bah! ¿Para qué? —dijo—. En casa no me divierto. Y no me gusta ir a la escuela. Me gusta acampar al aire libre. No me llevarás a casa otra vez, ¿verdad, Ojo de Serpiente?

—De momento, no —contesté—. Nos quedaremos en la cueva una temporada.

—¡Estupendo! —exclamó—. Será muy divertido. Nunca lo había pasado tan bien como lo estoy pasando.

Nos fuimos a la cama alrededor de las once. Lo de la cama es un decir. Extendimos unas mantas en el suelo y colocamos a Jefe Rojo entre Bill y yo. No temíamos que se escapara. Nos tuvo despiertos tres horas, dando saltos, cogiendo su rifle y aullando como un condenado cada vez que el crujido de un leño de la fogata o el roce de una hoja arrastrada por el viento le sugerían a su infantil imaginación el galope de los caballos de una banda de forajidos. Finalmente me quedé dormido, con un sueño lleno de pesadillas: soñé que había sido raptado y encadenado a un árbol por un feroz pirata de pelo rojo.

Al amanecer, me despertaron una serie de horribles gritos lanzados por Bill. No eran aullidos, ni ladridos, ni lo que puede esperarse que salga de la garganta de un hombre: eran gritos aterrorizados, humillantes, como los que emiten las mujeres cuando ven fantasmas o ratones. Oír a un hombre fuerte, robusto, alto como una catedral, gritar de aquel modo al amanecer, en una cueva, es algo espantoso.

Me levanté de un salto para ver qué sucedía. Jefe Rojo estaba sentado sobre el pecho de Bill, con una mano aferrada al pelo de Bill. En la otra mano empuñaba el cuchillo que utilizábamos para cortar el jamón; y estaba laboriosa y aplicadamente entregado a la tarea de intentar escarpelar a Bill, de acuerdo con la sentencia que contra él había sido dictada la noche anterior.

Le quité el cuchillo al muchacho y le obligué a tumbarse de nuevo. Pero, a partir de aquel momento, el pánico de Bill alcanzó cimas insospechadas. Permaneció tendido en las mantas, pero no volvió a pegar un ojo mientras el chi-

quillo estuvo con nosotros. Por mi parte, me quedé adormilado un rato, pero cuando el sol asomó por el horizonte recordé que Jefe Rojo había dicho que iba a tostarme atado a una estaca cuando saliera el sol. No estaba nervioso ni asustado, desde luego; pero me levanté, encendí mi pipa y me senté en una roca.

—¿Cómo es que te levantas tan pronto, Sam? —me preguntó Bill.

—¿Quién, yo? —dije—. ¡Oh! Me duele mucho el hombro. Creo que sentado podré descansar mejor.

—¡Eres un embustero! —dijo Bill—: Estás asustado. El chico te dijo que iban a asarte a la salida del sol, y tienes miedo de que lo haga. Y lo haría, indudablemente, si encontrara una cerilla. ¿No es esto terrible, Sam? ¿Crees que alguien pagará dinero para que le devuelvan a un monstruo como ése?

—Desde luego —dije—. Los chiquillos de esta clase son los que sus padres aprecian más. Ahora, tú y el Jefe podéis preparar el desayuno, mientras yo me acercó a la cima de la montaña para explorar el terreno.

De modo que subí al pico de la montaña y eché una mirada a mi alrededor. Tenía la impresión de que al mirar en dirección a Summit vería grupos de hombres armados con hoces y horcas recorriendo las inmediaciones del pueblo en busca de las huellas de los malvados raptos. Pero lo único que vi fue un tranquilo paisaje, y un pacífico campesino que estaba arando con una mula. Ni una señal de alarma; todo parecía sumido en una descuidada somnolencia.

«Quizá —me dije a mí mismo— no han descubierto aún que los lobos se han llevado a la tierna ovejita del redil. ¡El cielo ayude a los lobos!»...

Y regresé a la cueva para desayunar.

Cuando llegué allí encontré a Bill apoyado contra una de las paredes de la cueva, respirando fatigosamente, en tanto que el chiquillo le amenazaba con una piedra tan grande como un coco.

—Me tiró una patata hirviendo a la espalda, por debajo de la camisa, y luego la aplastó con el pie —explicó Bill—; y yo le he dado un coscorrón. ¿Llevas un revólver encima, Sam?

Le quité la piedra al chiquillo y traté de tomar la cosa a broma.

—Me las pagarás —le dijo el chiquillo a Bill—. Ningún hombre le ha pagado todavía a Jefe Rojo sin pagarlo muy caro. ¡Ya estás avisado!

Después de desayunar, el chiquillo sacó de uno de sus bolsillos un trozo de cuero envuelto en unos cordeles y salió de la cueva desenvolviéndolo.

—¿Adónde va ahora? —inquirió Bill, ansiosamente—. ¿No crees que va a fugarse, Sam?

—Desde luego que no —dijo—. No parece muy ansioso por regresar a su casa. Pero tenemos que elaborar algún plan para hacernos con el rescate. No he notado ningún movimiento anormal en el pueblo, pero es posible que todavía no se hayan dado cuenta de su desaparición. Quizá sus padres creen que ha pasado la noche en casa de tía Jane o de alguno de los vecinos. De todos modos, hoy lo echarán de menos. Esta noche, su padre tiene que haber recibido nuestro mensaje exigiéndole los dos mil dólares.

En aquel preciso instante oímos una especie de grito de guerra, como el que debió emitir David después de poner fuera de combate al gigante Goliat. Lo que Jefe Rojo había sacado de su bolsillo era una honda, y la estaba haciendo voltear por encima de su cabeza.

Di un rápido salto de costado, y en el mismo instante oí un fuerte golpe, seguido de una especie de suspiro emitido por Bill, parecido al relincho de un caballo cuando le libran de la silla. Un guijarro del tamaño de un huevo había chocado contra la frente de Bill. Dando un traspié, cayó sobre la olla de agua que habíamos puesto al fuego para lavar los platos. Me pasé media hora aplicándole compresas de agua fría en la frente.

Poco a poco, Bill fue volviendo en sí. Sus primeras palabras coherentes fueron:

—Sam, ¿sabes quién es mi personaje favorito de la Biblia?

—Tómatelo con calma —le dije—. Dentro de un momento te sentirás mucho mejor.

—El rey Herodes —dijo Bill—. No irás a marcharte dejándome aquí solo, ¿verdad, Sam?

Me incorporé, fui en busca del chiquillo y lo sacudí hasta que sus pecas crujieron.

—Si no te portas como es debido —le dije—, te llevo directamente a tu casa. Y ahora, ¿vas a ser bueno, o no?

—Era una broma —dijo el chiquillo, hoscamente—. No quería hacerle daño al Viejo Hank. Pero, ¿por qué me pegó él primero? Me portaré bien, Ojo de Serpiente, si no me llevas a casa y me dejas jugar al Explorador Negro.

—No sé nada de juegos —dije—. Entiéndetelas con míster Bill. Hoy tendrás que jugar con él. Yo tengo que marcharme para resolver un asunto. Ahora, pídele perdón a míster Bill y dile que te arrepientes de haberle lastimado, o te llevo inmediatamente a tu casa.

El chiquillo obedeció, a regañadientes. Luego hablé a solas con Bill y le dije que me marchaba a Poplar Grove, un pueblecito que se encontraba a unas tres millas de la cueva, para enterarme de la reacción que el rapto había provocado en Summit. Asimismo, opinaba que debíamos enviar una carta al viejo Dorset aquel mismo día, pidiendo el rescate y señalando la forma en que debía ser pagado.

—Ya sabes, Sam —me dijo Bill—, que he estado a tu lado sin parpadear siquiera en las peores circunstancias y que nada me asusta: ni terremotos, ni incendios, ni inundaciones... Ni siquiera me asusta la policía. Pero ese demonio de chiquillo me tiene aterrorizado. No me dejarás solo con él mucho tiempo, ¿verdad, Sam?

—Regresaré a última hora de la tarde —dije—. Procura entretenerle hasta que yo vuelva. Y ahora vamos a escribir

la carta para el viejo Dorset.

Cogimos papel y lápiz y empezamos a redactar la carta mientras Jefe Rojo, envuelto en una manta, paseaba arriba y abajo, montando guardia a la entrada de la cueva. Bill insistió en que rebajáramos a mil quinientos dólares la cuantía del rescate.

—No trato de poner en duda el cariño que míster Dorset pueda sentir hacia su hijo —explicó—, pero estamos tratando con humanos, y ningún ser humano pagará dos mil dólares para que le devuelvan esas cuarenta libras de pecoso gato montés. Vamos a pedir mil quinientos dólares, y renuncio de antemano a los otros quinientos dólares que me corresponderían caso de que hubiéramos cobrado los dos mil.

De modo que, para tranquilizar a Bill, convine en que fueran mil quinientos dólares. A continuación redactamos la siguiente carta:

Míster Ebenezer Dorset:

Tenemos a su hijo en nuestro poder, oculto en un lugar muy alejado de Summit. Sería inútil que tratara de encontrarle, aunque recurriera a los más hábiles detectives. Sólo podrá recuperar a su hijo ateniéndose a las siguientes condiciones: exigimos un rescate de mil quinientos dólares; el dinero, en billetes grandes, deberá ser depositado esta misma noche en el lugar que a continuación le indicaremos. Si está usted de acuerdo con estas condiciones, envíe su respuesta por escrito, por medio de un mensajero solitario, a las ocho y media de la noche. Después de cruzar el Arroyo del Mochuelo, en la carretera de Poplar Grove, hay tres árboles muy altos. Al pie del árbol del centro habrá una caja de galletas, vacía.

El mensajero dejará la respuesta en esa caja y regresará inmediatamente a Summit.

Si intenta alguna jugarreta o no cumple al pie de la letra nuestras instrucciones, no volverá a ver a su hijo.

Si está dispuesto a pagar el dinero, deberá depositarlo antes de medianoche en el mismo lugar. Inmediatamente le será devuelto su hijo, sano y salvo. Estas condiciones son definitivas, y si no las acepta no volveremos a establecer comunicación con usted.

DOS BANDOLEROS

Metí la carta en un sobre, puse las señas de Dorset y la introduje en uno de mis bolsillos. Cuando estaba a punto de marcharme, el chiquillo se acercó a mí y me dijo:

—Oye, Ojo de Serpiente, dijiste que podría jugar al Explorador Negro mientras tú estabas fuera, ¿verdad?

—Sí, desde luego —dije—. Míster Bill jugará contigo. ¿Qué clase de juego es ése?

—Yo soy el Explorador Negro —dijo Jefe Rojo—, y llego a caballo para avisar a los colonos de que están llegando los indios. Estoy cansado de jugar a indios. Quiero ser el Explorador Negro.

—De acuerdo —dije—. Me parece un juego inofensivo. Míster Bill te ayudará a vencer a los terribles salvajes.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó Bill suspicazmente.

—Tú serás el caballo —dijo el Explorador Negro—. Te pondrás a cuatro patas. ¿Cómo puedo venir a avisar a los colonos sin un caballo?

—Procura entretenerle —le dije a Bill— hasta que hayamos resuelto este asunto. Tómatelo con calma.

Bill se puso a cuatro patas, y sus ojos adquirieron la expresión que deben tener los de un conejo al encontrarse

cogido en una trampa.

—¿A qué distancia viven los colonos, muchacho? —preguntó, con voz ronca.

—A noventa millas de aquí —dijo el Explorador Negro—. Y tienes que darte prisa para que podamos llegar a tiempo. ¡Arre, caballo!

El Explorador Negro saltó sobre la espalda de Bill y hundió los talones en sus costados.

—¡Por el amor de Dios, Sam! —gimió Bill—. Vuelve pronto, lo más pronto que puedas. Creo que hemos pedido un rescate demasiado elevado. Mil dólares hubieran sido suficientes... Y tú, mocoso, deja de tirar coces, si no quieres que te caliente las orejas.

Me encaminé hacia Poplar Grove, y entré en una de sus tabernas para echar un trago. Trabé conversación con unos palurdos, que estaban hablando, precisamente, de la conmoción que había provocado en Summit la desaparición del hijo de Ebenezer Dorset. Era todo lo que quería saber. Apuré el contenido de mi vaso y me despedí de aquellos hombres. Al pasar por delante de la oficina de correos le pregunté al encargado cuándo recogerían el correo para Summit. El hombre me informó que el cartero encargado de llevar la correspondencia a Summit pasaría dentro de una hora. Eché en el buzón la carta destinada al viejo Dorset y emprendí el camino de regreso a la cueva.

Cuando llegué, no encontré ni a Bill ni al muchacho. Exploré los alrededores de la cueva, me arriesgué a llamarles a gritos, pero no obtuve ninguna respuesta.

De modo que encendí mi pipa y me senté en una roca para esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Al cabo de media hora oí un ruido entre la maleza y vi a Bill que avanzaba dando traspies en dirección a la cueva. Detrás de él avanzaba el chiquillo, andando cautelosamente, como un verdadero explorador, con una amplia sonrisa en su rostro. Bill se detuvo, se quitó el sombrero y se secó

el rostro con un pañuelo rojo. El chiquillo se detuvo a unos ocho pies de distancia detrás de Bill.

—Sam —dijo Bill—, supongo que pensarás que soy un desertor, pero no he podido evitarlo. Soy una persona mayor, y hasta ahora siempre he sabido lo que tenía que hacer para salir de un apuro, pero hay cosas que están por encima de la voluntad y de las posibilidades de un hombre. El chiquillo se ha marchado. Le he enviado a su casa. En los tiempos antiguos —continuó Bill— hubo mártires que prefirieron la muerte a renegar de su fe. Ninguno de ellos fue sometido a las torturas sobrenaturales que he padecido yo. He tratado de ser fiel a nuestra amistad y a nuestros intereses, pero todas las cosas tienen un límite.

—¿Qué es lo que ha pasado, Bill? —le pregunté.

—He recorrido al galope —dijo Bill— las noventa millas hasta el poblado de los colonos. Luego, una vez salvados los colonos, he comido torta de avena. Y te aseguro que el barro es un pésimo sucedáneo de la avena. Y luego, por espacio de una hora, he tratado de explicarle a ese niño por qué están vacíos los agujeros, por qué un camino va hacia arriba y hacia abajo, y qué es lo que hace que la hierba sea verde. Finalmente, incapaz de seguir resistiendo, le he dado un empujón que le ha hecho salir rodando montaña abajo y he venido corriendo hasta aquí. Hemos perdido el rescate, Sam; lo siento, pero prefiero haber perdido el rescate a que tuvieran que encerrarme en un manicomio.

Bill sudaba y resoplaba, pero en sus sonrosadas facciones había una expresión de inefable paz.

—Bill —dije—, ¿sabes si alguno de tus antepasados padeció del corazón?

—No —dijo Bill—. Que yo sepa, en mi familia no ha habido enfermedades crónicas ni hereditarias. ¿Por qué?

—En tal caso —dije—, puedes dar media vuelta y ver a quién tienes detrás de ti.

Bill se volvió. Al ver al chiquillo, se dejó caer al suelo y empezó a sollozar. A sollozar, sí, hasta el punto de que por

espacio de una hora temí que se hubiera vuelto loco. Poco a poco conseguí tranquilizarle. Le dije que ya faltaba muy poco para que supiéramos si el viejo Dorset aceptaba nuestras condiciones, y que antes de medianoche dejaríamos definitivamente resuelto el asunto. Bill se animó hasta el punto de obsequiar con una débil sonrisa al chiquillo y prometerle que representaría el papel de ruso en una guerra contra los japoneses, representados por Jefe Rojo, alias el Explorador Negro.

Yo tenía un plan para recoger el dinero del rescate sin peligro de ser capturado por unos posibles emboscados. Los árboles señalados en la carta quedaban completamente aislados en medio de un campo sin cultivar, de modo que hubiera sido muy arriesgado acercarse al árbol donde debía ser depositada la nota *después* de que la hubieran dejado allí. Cualquiera que intentara acercarse al árbol sería divisado desde una gran distancia. En consecuencia, a las ocho y cuarto me encontraba encaramado en lo alto del árbol, perfectamente oculto entre las ramas, esperando la llegada del mensajero.

A las ocho y media en punto, un muchacho espigado llegó al lugar de la cita montado en una bicicleta. Dejó la bicicleta en la carretera, se encaminó hacia el árbol, localizó la caja de galletas, introdujo en ella un papel doblado y se marchó pedaleando por donde había venido.

Esperé una hora, para convencerme de que nadie andaba por aquellos alrededores. Finalmente bajé del árbol, recogí la nota y regresé a la cueva. Al llegar allí abrí la nota y se la leí a Bill. Estaba escrita a pluma, y decía lo siguiente:

A DOS BANDOLEROS:

Muy señores míos: Acuso recibo de su carta, en la cual me informan del rescate que piden para devolverme a mi hijo. Creo que han exagerado un poco en su petición, y voy a permitirle hacerles una

contraoferta, la cual me inclino a creer que aceptarán ustedes. Traigan a Johnny a casa, páguenme doscientos cincuenta dólares al contado, y les libraré de él. Será mejor que vengan de noche, ya que los vecinos creen que mi hijo se ha perdido, y no puedo responder de lo que harían si vieran que alguien traía a Johnny. Atentamente,

EBENEZER DORSET

—¡Maldita sea su estampa! —exclamé—. Es el caso de desfachatez más...

Pero, miré a Bill y vacilé. En sus ojos había la mirada más implorante que he visto nunca en el rostro de un ser humano.

—Sam —dijo—, ¿qué son doscientos cincuenta dólares, después de todo? Tenemos ese dinero. Y si paso otra noche con ese chiquillo nadie me libraré del manicomio. Además, creo que míster Dorset es un caballero y que nos ha hecho una contraoferta muy generosa. No vamos a dejar escapar la oportunidad, ¿verdad, Sam?

—Si quieres que te diga lo que realmente opino, Bill —dije—, estoy de acuerdo contigo en que la oferta de míster Dorset es bastante generosa. Ese chiquillo empieza a crisparme los nervios también a mí. Le llevaremos a su casa, pagaremos el rescate y nos marcharemos de aquí.

Le llevamos a su casa aquella misma noche. Tuvimos que contarle que su padre le había comprado un rifle de plata y unos mocasines, y decirle que al día siguiente iríamos a cazar osos con él.

Era medianoche cuando llamamos a la puerta de la casa de Ebenezer. En aquel preciso instante teníamos que haber estado recogiendo los mil quinientos dólares de la caja de galletas colocada al pie del árbol. Y, en vez de eso, míster Dorset estaba contando los doscientos cincuenta dólares que Bill acababa de entregarle.